

LA ALEGRÍA DEL CRISTIANO

El Papa Francisco habló en una de sus homilías en Santa Marta de que **la verdadera alegría más allá del optimismo**
El cristiano no anestesia el dolor, sino que lo vive en la esperanza de que Dios nos dará una alegría que nadie nos podrá quitar.
 En el Evangelio del día, Jesús, antes de su Pasión, advierte a los discípulos que estarán tristes pero que esta tristeza se convertirá en un grito de alegría. Y usa la imagen de la mujer que va a dar a luz: **“Siente dolor porque le ha llegado el momento, pero cuando da a luz al niño, no se acuerda más del sufrimiento”.** Espera en el dolor y exulta en la alegría. “Esto es lo que hacen la alegría y la esperanza juntas, en nuestra vida, cuando estamos en las tribulaciones, cuando tenemos problemas, cuando sufrimos. **No es una anestesia. El dolor es dolor, pero vivido con alegría y esperanza te abre a la alegría de un fruto nuevo.** Esta imagen del Señor nos debe ayudar en las dificultades que muchas veces son duras, que incluso te hacen dudar de la propia fe... Pero con la alegría y la esperanza seguimos adelante, porque después de la tempestad llega un hombre nuevo, como la mujer cuando da a luz. Y esta alegría y esperanza Jesús dice que es duradera, que no pasa”.

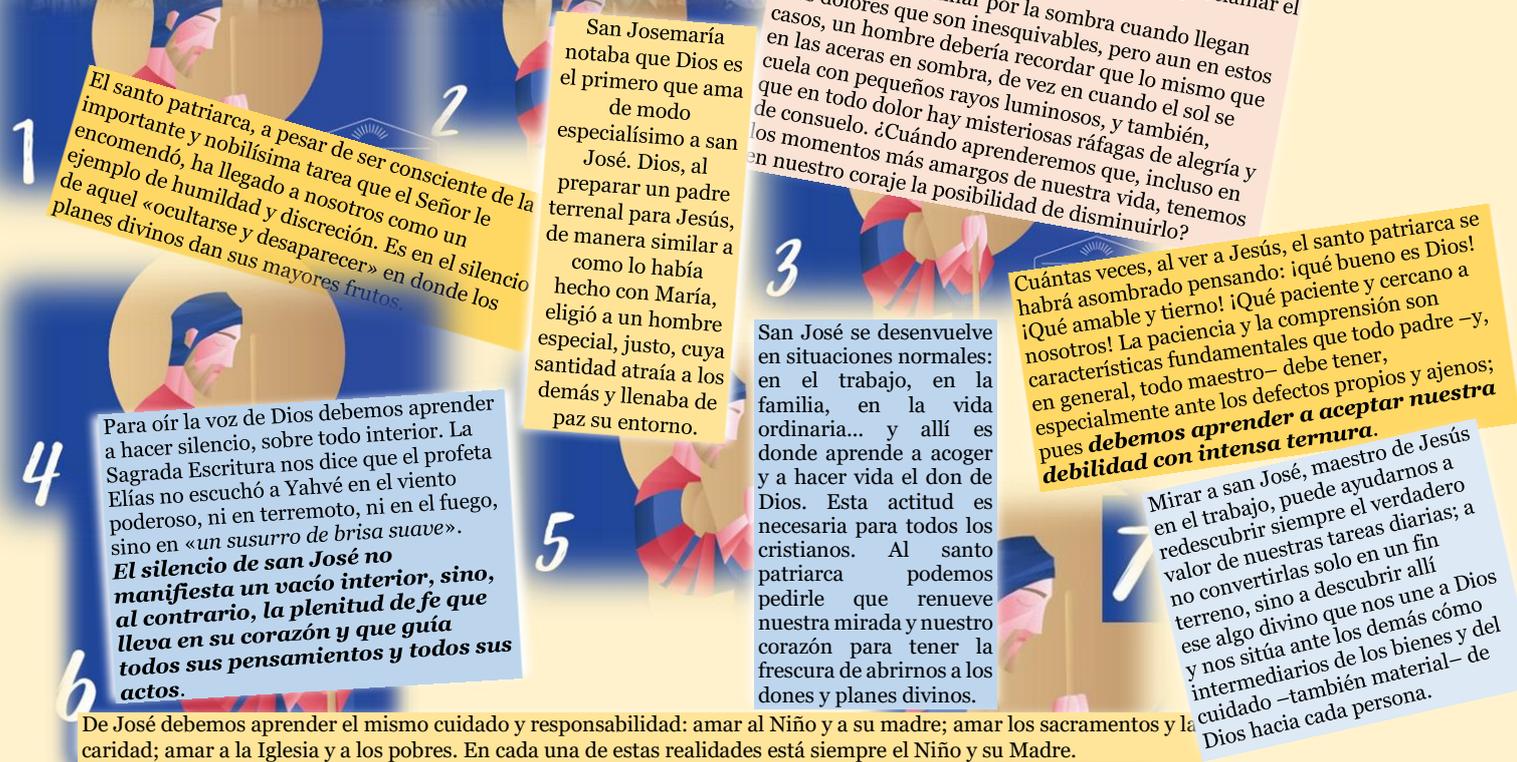
CAPELLANIA. Febrero 2023



Salir de sí misma
 “El Señor nos dice que habrá problemas” en la vida y que esta “alegría y esperanza no son un carnaval: son otra cosa. La alegría refuerza la esperanza y la esperanza florece en la alegría. El alegre no se cierra en sí mismo; la esperanza nos lleva allí. Salir de nosotros mismos con la alegría y la esperanza”.

Una alegría que no pasa
 “La alegría humana puede ser destruida por cualquier cosa, cualquier dificultad. Jesús, sin embargo, quiere darnos una alegría que nadie nos podrá quitar: Es duradera. Incluso en los momentos más oscuros”. En la vida nos es siempre más fácil conservar las tristezas que las alegrías. Los seres humanos tenemos ese dañino hábito de guardar en el corazón las tristezas y los desencuentros y poco hacemos el esfuerzo de mantener las alegrías en el corazón. Pasamos las horas remasticando nuestros dolores y nuestros fracasos, en lugar de saborear nuestras alegrías o alimentarnos de nuestras esperanzas; dedicamos más tiempo a quejarnos y a lamentarnos que a proclamar el gozo de vivir.

LOS SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ SON UNA COSTUMBRE DE LA IGLESIA PARA PREPARAR LA FIESTA DEL 19 DE MARZO.



- 1** El santo patriarca, a pesar de ser consciente de la importante y nobilísima tarea que el Señor le encomendó, ha llegado a nosotros como un ejemplo de humildad y discreción. Es en el silencio de aquel «ocultarse y desaparecer» en donde los planes divinos dan sus mayores frutos.
- 2** San Josemaría notaba que Dios es el primero que ama de modo especialísimo a san José. Dios, al preparar un padre terrenal para Jesús, de manera similar a como lo había hecho con María, eligió a un hombre especial, justo, cuya santidad atraía a los demás y llenaba de paz su entorno.
- 3** Cuántas veces, al ver a Jesús, el santo patriarca se habrá asombrado pensando: ¡qué bueno es Dios! ¡Qué amable y tierno! ¡Qué paciente y cercano a nosotros! La paciencia y la comprensión son características fundamentales que todo padre –y, en general, todo maestro– debe tener, especialmente ante los defectos propios y ajenos; pues **debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.**
- 4** Para oír la voz de Dios debemos aprender a hacer silencio, sobre todo interior. La Sagrada Escritura nos dice que el profeta Elías no escuchó a Yahvé en el viento poderoso, ni en terremoto, ni en el fuego, sino en «un susurro de brisa suave». **El silencio de san José no manifiesta un vacío interior, sino, al contrario, la plenitud de fe que lleva en su corazón y que guía todos sus pensamientos y todos sus actos.**
- 5** San José se desenvuelve en situaciones normales: en el trabajo, en la familia, en la vida ordinaria... y allí es donde aprende a acoger y a hacer vida el don de Dios. Esta actitud es necesaria para todos los cristianos. Al santo patriarca podemos pedirle que renueve nuestra mirada y nuestro corazón para tener la frescura de abrirnos a los dones y planes divinos.
- 6** De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre el Niño y su Madre.
- 7** Mirar a san José, maestro de Jesús en el trabajo, puede ayudarnos a redescubrir siempre el verdadero valor de nuestras tareas diarias; a no convertirlas solo en un fin terreno, sino a descubrir allí ese algo divino que nos une a Dios y nos sitúa ante los demás como intermediarios de los bienes y del cuidado –también material– de Dios hacia cada persona.

EL SACRAMENTO DE LA CONFESIÓN. LA MEJOR PREPARACIÓN PARA LA CUARESMA QUE LLEGA (Comienza el 22 de febrero, Miércoles de Ceniza)

Yo me confieso sólo con Dios

Ante la propuesta de «Y..., ¿por qué no te confiesas?», la respuesta es reincidente: «yo a un cura no le cuento mis problemas, ¡yo me confieso con Dios directamente!

Para ponernos en situación, creo que lo primero es empezar explicando qué es el pecado y después, qué es la confesión.

El amor de Dios, que es Nuestro Padre, es tan grande que cuando nos hacemos daño por el pecado es Él quien sufre por nosotros. **El pecado es ofensa a Dios porque nos dañamos a nosotros mismos**, porque nos volvemos más orgullosos, más egoístas, más vanidosos... y un largo etcétera. Dios Padre nos quiere de tal manera

que sufre cuando nos perjudicamos y, es por ello, que debemos pedirle perdón por ese «mal rato» que se lleva.

En cuanto a la confesión, efectivamente, **tú te confiesas con Dios porque es Dios quien te perdona**; pero Dios quiso instituir la confesión como un Sacramento a través del cual, por medio de un sacerdote, nos perdona los pecados cometidos y nos da la Gracia. La Confesión es el Sacramento de la Reconciliación instituido por Jesucristo en el momento en que a los apóstoles les dice: «A quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos». De esta manera, concede a los apóstoles la potestad de perdonar los pecados en Su nombre.

La Confesión no es algo instituido por un grupo de curas en un tiempo remoto que nadie conoce, sino que es Dios mismo quien así lo ha querido. Debemos llevar a cabo un gran acto de humildad, buscar a un Sacerdote, contarle nuestros pecados y recibir la absolución. Como ya he dicho, es Dios quien nos perdona, pero quiere hacerlo a través de un Ministro suyo, que en el momento de la absolución es el mismo Cristo. Es decir, **Dios actúa en la persona del Sacerdote para perdonarnos nuestros pecados.**



De igual manera que un pintor se sirve de los pinceles para lograr una espectacular obra de arte, y sin ellos no haría nada, Dios (pintor) emplea a sus sacerdotes (pinceles) para hacer de sus hijos (porque es lo que somos: hijos de Dios!) grandes obras de arte, ¡grandes obras de Dios!

Algunas ideas

SOBRE LA CUARESMA

La Cuaresma comienza el Miércoles de ceniza y concluye inmediatamente antes de la Misa Vespertina del Jueves Santo. Es bueno recordar que **"En la Iglesia universal, son días y tiempos penitenciales todos los viernes del año (en memoria de la muerte del Señor) y el tiempo de Cuaresma"**.

Llamamos **Cuaresma** al período de cuarenta días reservado a la preparación de la Pascua. Desde el siglo IV se manifiesta la tendencia a constituir la en tiempo de penitencia y de renovación para toda la Iglesia, con la práctica del ayuno y de la abstinencia.

"La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de la Gran Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto", nos dice el Catecismo de la Iglesia. Proponiendo a sus fieles el ejemplo de Cristo en su retiro al desierto, se prepara para la celebración de las solemnidades pascuales, con la purificación del corazón, una práctica más perfecta de la vida cristiana y una actitud penitencial.

La Iglesia invita a sus fieles a hacer de este tiempo como un retiro espiritual en el que el esfuerzo de meditación y de oración debe estar sostenido por un esfuerzo de mortificación personal, de espíritu de sacrificio. Concretado en los días previstos de ayuno y de abstinencia. Y, a partir de este mínimo, es dejada a la libertad y a la generosidad de cada uno. Bien vivida, **la Cuaresma prepara para una auténtica y profunda conversión personal**, para participar en la fiesta más grande del año: el Domingo de la Resurrección del Señor.

La penitencia es traducción latina de la palabra griega *metanoia* que en la Biblia significa la conversión (cambio espiritual) del pecador. Designa todo un conjunto de actos interiores y exteriores dirigidos a la reparación del pecado cometido. Literalmente cambio de vida, se dice del acto del pecador que vuelve a Dios después de haber estado alejado de Él, o del incrédulo que alcanza la fe.

El Catecismo de la Iglesia dice: **"La penitencia interior del cristiano puede tener expresiones muy variadas. La Escritura y los Padres insisten sobre todo en tres formas: el ayuno, la oración, la limosna, que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás. Junto a la purificación radical operada por el Bautismo o por el martirio, citan, como medio de obtener el perdón de los pecados, los esfuerzos realizados para reconciliarse con el prójimo, las lágrimas de penitencia, la preocupación por la salvación del prójimo, la intercesión de los santos y la práctica de la caridad que cubre multitud de pecados"**.

La imposición de la ceniza es una invitación a recorrer el tiempo de Cuaresma como una conciencia más intensa del misterio pascual de Jesús, de su Muerte y Resurrección, mediante la participación en la Eucaristía y en la vida de caridad. La liturgia actual, conserva los elementos tradicionales:

imposición de la ceniza y ayuno riguroso. La bendición e imposición de la ceniza tiene lugar dentro de la Misa, después de la homilía; también se puede hacer dentro de una celebración de la Palabra. Las fórmulas de imposición de la ceniza se inspiran en la Escritura.

La ceniza procede de los ramos bendecidos el Domingo de la Pasión del Señor, del año anterior, siguiendo una costumbre que se remonta al siglo XII. La fórmula de bendición hace relación a la condición pecadora de quienes la recibirán. Simboliza la condición débil y caduca del hombre, que camina hacia la muerte; su situación pecadora; la oración y súplica ardiente para que el Señor acuda en su ayuda; y la Resurrección, ya que el hombre está destinado a participar en el triunfo de Cristo.

El miércoles de ceniza y el viernes santo son días de ayuno y abstinencia. La abstinencia obliga a partir de los 14 años y el ayuno de los 18 hasta los 59 años. El ayuno consiste en hacer una sola comida fuerte al día y la abstinencia es no comer carne. Este es un modo de pedirle perdón a Dios por haberlo ofendido y decirle que queremos cambiar de vida para agradarlo siempre.

MIÉRCOLES DE CENIZA



Convertirse es reconciliarse con Dios, apartarse del mal, para establecer la amistad con el Creador. Supone el arrepentimiento y la Confesión de todos y cada uno de nuestros pecados. Una vez en gracia (sin conciencia de pecado mortal), hemos de proponernos cambiar desde dentro (en actitudes) todo aquello que no agrada a Dios. Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del "corazón contrito", atraído y movido por la gracia a primero. San Josemaría escribe: **Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón. Pero vivir con Dios es indudablemente correr un riesgo, porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a Él quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, a escuchar más atentamente sus inspiraciones, los santos deseos que hace brotar en nuestra alma, y a ponerlos por obra.**